



## CAPITULO XVI

Caldea y Asiria.—Imperio de Ninive.—Los últimos dercetas y la dinastía de Bel-icat-Irassu.—Los últimos dercetas.—Setos y la conquista egipcia.—Cusan.—Rasatain.—Teglat.—Pilesar.—Merodac.—Baladan.—Ruina de la dinastía.—La dinastía de Bel-icat-Irassu.—Salmanasar II.—Beloco IV y Sam-muramit.—Jonás en Ninive.—Sardanápalo V.—Caída del Imperio de Ninive.

Las voluptuosas llanuras del Asia Central han sido más de una vez sembradas de ruinas. Dos imperios se han desplomado sucesivamente, según hemos visto. ¿Qué fué de los descendientes de esta gran raza de los dercetas (1), que hacia remontar su fabuloso origen hasta la ninfa Derceto, madre de Semiramis?

La conquista egipcia pasa por este imperio, y el nombre de *Setos*, Seti, que se escribió en lugar del nombre asirio de Altadas, permanece como una indeleble huella de la sujeción.

Es, pues, justo que se represente á Seti en los bajo-relieves de Karnak, rindiendo homenaje á sus dioses los cautivos Roten-nu del país Assur y los pueblos de Naharina (la Mesopotamia) (2). En cambio las divinidades de los vencidos invadían el campo de los vencedores, y el Belo, el Baal de la Asiria y de la Siria, obtenía la veneración de los egipcios (3).

Los jefes asirios se encuentran ocupando el primer lugar en la liga de los «chetas,» á la que Ramsés-Sesurtasen tuvo que resistir, bien á pesar suyo. Fueron, por lo demás, tan completamente derrotados por el ilustre guerrero, que no obstante la decadencia de la autoridad real en Egipto, se les ve todavía pagar el tributo con regularidad bajo el reinado del décimo Ramsés.

(1) Sábese que Bion da el nombre de dercetas á esta dinastía, que tenía su origen en Derceto, la ninfa de Siria, madre de Semiramis. (*Arte de computar las fechas*. Layard, Ninive y Babilonia.)

(2) Véase más arriba el capítulo del Egipto.

(3) Esta curiosa invasión de los dioses asiáticos en el Panteón egipcio, está atestiguada por M. Brugsch. *Historia de Egipto*, t. I, págs. 128-132.

Sin embargo, conviene no engañarse, y tomar á la letra las inscripciones orientales, pomposas y exageradas como todos los partes que anuncian la victoria. Las dinastías eran frecuentemente respetadas; se sublevaban muchas veces, y humilladas enteramente conservaban todavía la apariencia y la realidad del poder. Así, antes que la debilidad de Ramsés pudiera favorecer en Asiria una reacción completa de libertad, se veían en todas partes recuerdos que dan una idea bastante clara de la libertad relativa de que gozaban sus soberanos. Acerca de las dinastías no se conoce otra cosa que su nombre, y aun esto se halla reducido á ciertas probabilidades que respecto de estas listas nos han sido transmitidas bajo la fe de los sacerdotes caldeos (1), porque entraba sin duda en los designios de Dios que ningún poder humano, aun los más grandes, inquietara el establecimiento de su pueblo en la Palestina.

¿Qué papel desempeñaron, en efecto, estos reyes, desde Mamitrès (1560) hasta Beloco II? Un abatimiento apenas interrumpido por las discordias interiores y una sumisión al poder extranjero.

Prescindamos, sin embargo, de algunas figuras que aparecen en medio de las sombras de esta época tan incierta; tales, por ejemplo, como Cusan-Rasathaim, de que habla la Biblia, titulado «rey de Mesopotamia.» ¿Era un derceta, ó más bien un jefe pasajero, un monar-

(1) Estas listas han sido dadas á luz por los Benedictinos, en el *Arte de comprobar las fechas*, t. II.

ca hijo de la casualidad, que la fortuna de las armas suele á veces deparar? Se ignora, y sólo se sabe que sojuzgó á Israel por espacio de ocho años, y que no cedió sino ante la espada de Otoniel.

No ovidemos, pues, que la dinastía de los dercetas (1) no tiene demasiada gloria para que se la prive de aquella de que se jacta, y que un rey Teglat-Pilesar, parece haber tomado cierta defensa contra los débiles sucesores de Ramsés. Habría conquistado el país de los chetas y llevado sus desolaciones hasta el Egipto (2).

Es necesario notar aquí la lucha que habría comenzado de nuevo entre Ninive y Babilonia, y en cuya lucha un rey de la Caldea, Merodach-Baladan, quizás el Mardo-Kempad de las listas sacerdotales, sería el que saqueó la ciudad de Assur y trasportaría á la ciudad de Nemrod los ídolos del rey Teglat-Pilesar II. Este hecho se referiría al año 1121 y poco tiempo anterior á la época del renacimiento de la autoridad real asiria.»

Parece que la raza de los dercetas había ya llegado á un estado de decrepitud muy considerable. Concluyó por una mujer, si hemos de creer á los cánones sacerdotales, y esta fué *Semiramis-Atosa*, hija de Beloco, que como la primera, casaría con su hijo, y sería la última descendiente de Nino. ¿Querrá esto decir que la gloria de Semiramis, que abrazaba todo este período, se explica admitiendo que su mismo nombre fué colocado al principio y al fin de una lista de reyes, hecha por los sacerdotes? ¿O será una rara coincidencia, como la que atribuye á Roma por primero y último de sus reyes á un Rómulo? (3).

Lo que parece cierto á través de tantas tinieblas, es que la familia de los dercetas fué destronada por una revolución cuyos detalles nos son desconocidos, pero que estaba dirigida

(1) M. Oppert, que descubrió este príncipe y sus actos, le asigna la fecha de 1220 próximamente. M. Robion acepta esta indicación por muchas razones, *op. cit.*, pág. 179.

(2) Oppert, *Cuadro cronológico de los reyes de Asiria*, Noviembre, 1856.

(3) ¿No sería mejor referirla á la época de Belochs III? Esto es más probable.

por el «intendente de los jardines reales» de Ninive, *Bel-icat-irason* (*Belitaros* ó *Balatarés*). Este rebelde fué descendiente de reyes, y una inscripción le califica de «origen real» (1).

Ocupémonos ahora de una nueva dinastía que sube al trono de Ninive, le ocupa con grande majestad, y la Historia, admirada de los monumentos que acaban de hacerla salir de las tinieblas, señalará la fuerza de sus armas, la exaltación religiosa y la magnificencia de las construcciones (2).

Bajo estos reyes Ninive va ensanchando los límites de su dominación; llega desde el Ponto-Euxino hasta el Golfo Pérsico: ella sabrá hacer sentir el peso de sus armas á la Armenia, á la Siria, á la Palestina, á la Arabia, al Egipto y aun á la Etiopía. Pero el carácter de estas conquistas no es sólo guerrero y político, es, sobre todo, religioso. Los dioses de Babilonia luchan contra los dioses de las demás naciones. Por obedecer á Assur, su señor, dice: «el mo-

(1) *Bel-icat-irason* quiere decir: «Bel ha fortificado mi mano.» Guillermin, *op. cit.*, según los archivos de las misiones científicas, t. V, pág. 220.

(2) Después de grandes trabajos, M. J. Oppert ha conseguido descifrar las inscripciones que se refieren á esta dinastía, y que dan nueva luz sobre todo este período de la historia de Asiria. Adoptamos la lista cronológica dirigida por este sabio, y cuya lista fué mandada á la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras en Agosto de 1862, después de haber hecho el descubrimiento de las «eponimias» de Ninive, es decir, de los nombres de los personajes que habían de fijarse en Asiria. Se decía, por ejemplo, «en el sexto mes décimotercero día de la «eponomía» (limu) de Manun-ki-Assur-lih, prefecto de la ciudad de Bia, que es el duodécimo año de Sargon, rey de Asiria.» Hé aquí la lista:

Belitarras I, Bel-icat-irassu.

Salmanasar I.

Sardanápalo el Grande (Assur-iddonana-palla).

Salmanasar II.

Assur-danil, ó Chinaladon I.

Beloco III reinó 16 años.

Teglat-Pilesar III, 6 años.

Sardanápalo III, 24 años.

Salmanasar III, 20 años.

Sardanápalo IV, 5 años.

Samsi-hu, 14 años.

Beloco IV, 20 años.

Salmanasar IV, 8 años.

Assur-danil, ó Chinaladan II, 18 años.

Assur-lihus, ó Sardanápalo IV, 8 años.

(Véanse las relaciones de la Academia, por monsieur Ernesto Desjardins, Agosto, 1862.)



narca desea hacer la campaña, y marcha contra los enemigos de su dios.» «Mi dios Assur me mandó ir adelante, exclamó él, yo me puse en marcha..... y sometí á mi yugo los enemigos de Assur, los que no pagaban el tributo al dios Assur.»

Así se anunciaban los sucesores de Bel-icat-irassu, los Salmanasar, los Sardanápalo (1) y los Teglat-Pileser. Llámense los «poderosos reyes,» los reyes supremos de los pueblos de conocido lenguaje, reyes de las cuatro regiones, reyes de los demás reyes, señores de los señores soberanos supremos, jefes ilustres protegidos por el sol, y que armados con su cetro reinan sobre el pueblo de Bel, de aquel que ha conquistado el nombre de los llanos y de las montañas del alto y bajo país, que sometió á su dominación á los enemigos de Assur, etc.

Salmanasar II funda el magnífico palacio situado al Noroeste de Nimrod; Teglat-Pileser III se gloria de haber vencido á los moskayas, y de haber anexionado al imperio la provincia de Komuk, la Comagena, de haber reducido la Armenia á país tributario, y de haber introducido allí las divinidades asirias. Más tarde este mismo monarca triunfa en Nahiri (la Mesopotamia) del país de Elam (la Siria), y del de los Khanti (2), y asola las ciudades de Misri (Mesraim, el Egipto). De vuelta de Nínive, se dedica á grandes obras, llena al país de canales, lleva animales útiles y propaga la plantación de árboles desconocidos.

«Por último, exclama, junté territorios con territorios y poblaciones con poblaciones. Mejoré la condición del pueblo y le procuré la abundancia y la seguridad.»

Era necesario, sin embargo, que estas conquistas no fueran estables, ó más bien que se pareciesen á invasiones militares, que debían renovarse siempre que se rehusara el pago de los tributos; porque los inmediatos sucesores de Teglat-Pileser, Sardanápalo el Grande, y Salmanasar, más ilustre todavía que Sardaná-

(1) El nombre asirio de Sardanápalo es Asur-iddana-palla, que significa: «Asur dió un hijo, ó hijo que dió Asur.»

(2) Los Quetas de los jeroglíficos, los Ketim de la Biblia.

palo, se vieron obligados á volver á comenzar las mismas campañas.

Se encuentran opuestas á los reyes de Asiria idénticas ligas á las que los Faraones tuvieron que combatir, la de los ketas, principalmente, con sus doce reyes y sus numerosos aliados. Al mismo tiempo, los monumentos babilónicos, del mismo modo que los monumentos del Egipto, vienen á llevar á nuestros libros santos su irrecusable testimonio. Salmanasar, después de haber enumerado sus expediciones en Media, en Persia, en Siria, ¿no anuncia que batió dos veces á Hazael, el rey de que habla la Biblia, y añade que recibió la sumisión de Jehú (Jahua), hijo de Omri (Humrí), rey de Israel?

Este Salmanasar, además, no cuenta en su reinado ménos de quince ó diez y seis grandes expediciones: «Yo pasé el Eufrates, dice, por la vigésima vez, el año veinticinco de mi reinado.» De estas expediciones, unas eran hijas de la necesidad por las rebeliones de sus tributarios más próximos, de Caldea, Siria; otras se extendían hasta el Golfo Pérsico por un lado, hasta los montes Ararat por otro, ó bien penetraban hasta las naciones «Aryás,» es decir, el centro de la Media y de la Persia. «En el vigésimocuarto año atravesé la orilla de Zab, dice este rey, y pasé á través del país de Karkar, subiendo hácia la región de los Aryás. Yan-vu, que yo había puesto por rey de los Aryás, rechazó mi apoyo, pero le hice amarrar con cadenas. Salí entonces de la tierra de los Aryás, y recibí los tributos de veintisiete reyes de los persas. Después abandoné el territorio de los persas y entré en el de los medos, dirigiéndome hácia Ratur y Karkar... Castigué á los descontentos. Confisqué los tesoros y entregué las ciudades al saqueo. Yan-vu, hijo de Kanab, con sus mujeres y sus dioses, con sus hijos é hijas, sus siervos y todos sus bienes, yo les traje cautivos á mi país de Asiria (1).»

(1) Estas inscripciones han sido dadas á conocer por el coronel sir Rawlinson, sobre un obelisco de basalto negro encontrado en Nimrud y depositado en el museo Británico. Su traducción ha sido dada por M. Bonomi, *Nínive y sus palacios*, de la página 380 á 385. Debemos decir que se disputa la atribución de estas inscripciones á Salmanasar. Robion, *op. cit.* pág. 80.



Después de Salmanasar III, uno de los más belicosos de sus sucesores sería Beloco IV, *Hulik-kus* que, por la protección de los dioses, como él mismo lo dice, «reinó desde el gran mar del sol levante hasta el gran mar del sol poniente (1).» Este Beloco tenía por mujer á una Simiramis, *Sam-mu-ramit*, «reina del palacio» (2), que participó de la gloria unida al nombre que llevaba. Regente después de la muerte de su esposo, y durante diez y siete años, acabó ó restauró muchos de los trabajos gigantes atribuidos á la hija de Derceto.

¿No es en ella cuando comienza á debilitarse la dinastía de Bel-icat-irassu? Casi nada se sabe de los tres reinados de Salmanasar IV Asur-Dhail y Asur-Lihus que precedieron á la memorable caída de Sardanápalo V. Pero lo que se ignora es la creciente corrupción que invadió el imperio de Asiria; la decadencia fué iniciada y precipitada por los vicios y los vicios la consuman.

Nínive es una ciudad impía; en ella adquiere carta de naturaleza en el trono el incesto para llegar á ser costumbre en Oriente.

Aquí es donde se coloca el hecho de la predicación de Jonás. Hácia el 830 la corrupción había llegado á su colmo. Entonces parte de Israel un hombre que va, según la orden recibida de lo alto, á anunciar el castigo á los culpables. El decreto estaba extendido. La penitencia de los Ninivitas, que lloran á ejemplo de su rey, que se revisten de cilicios, se sientan sobre ceniza, ayunan y oran, retarda el cumplimiento. No se comprendería, si la historia de Jonás no fuese cierta, con qué fin los judíos hubiesen imaginado un cuento que redundaba en honor de sus enemigos. Además, todas las tradiciones rinden un brillante homenaje al testimonio histórico de la Biblia, según tendremos ocasión de observar más adelante.

(1) Es decir, desde el golfo Pérsico ó desde el Mar Caspio hasta el Mediterráneo. Oppert, citado por Robion, y Guillermin, *op. cit.*

(2) Esta es sin duda aquella de quien querían hablar las listas que hemos citado más arriba; la confusión habrá procedido de la identidad del nombre de los dos reyes Beloco I y Beloco IV. Esta Semiramis sería muy bien la que cita Herodoto, y que coloca siglo y medio antes de Nitocris, esposa de Nabopolasar. Lo cual confirmaría todavía la credibilidad del «padre de la historia.»

El ejemplo del penúltimo rey de Nínive no sirvió á Sardanápalo V, á *Empacmes*, *Tonos-Concoleros*, de quien los griegos se servían como tipo para deshonorar la molición y la corrupción. La lisonja le había llamado «el hijo de Assur» (1).

Los crímenes eran de los más comunes en Oriente, y por los cuales este ha sido siempre castigado. Sardanápalo vivía en su serrallo; pero sabía salir de él en caso de necesidad. Quizá también había querido resucitar la grandeza asiria; edificó á Tarso y á Anchialo como el pasatiempo de un día (2). Cuando la gran conjuración, que los griegos han considerado como una intriga de palacio, estalló contra él; cuando los medos, con su sátrapa Arbaces ó Warbag; cuando los babilonios, con su sacerdote gobernador *Belesis*, se sublevaron, apoyados por los árabes y por los escitas, él les libró tres batallas, y tres veces abatió la rebelión que siempre estaba en pié. Por último, un ejército que procedente del Iran fué en su auxilio, se volvió contra él. No era el valor, virtud bastante fácil, el que faltaba á este Sardanápalo, y lo mostró todavía más tarde; pero las costumbres de Nínive necesitaban un castigo de lo alto, y este castigo ha permanecido indeleble todavía en los recuerdos del Asia y de la Grecia. Los oráculos habían dicho «que Nínive no sería tomada sino cuando la naturaleza se rebelase,» y se cuenta que el Tigris desbordándose derribó veinte estadios de las murallas de la plaza. Sardanápalo, al ménos, no queriendo dejar á sus vencedores ni sus mujeres ni sus riquezas, se arrojó en una hoguera con todo lo que poseía (759).

Esta lúgubre escena debía renovarse en lo sucesivo en los mismos lugares (3).

El gran imperio de Nínive se hunde con Sardanápalo. Pero sería exagerar las consecuencias de este acontecimiento, ver en él la destrucción de un estado que, bajo los sucesores de Sardanápalo, dará leyes al Asia Occidental. Lo cierto es que el Asia Oriental quedó libre en adelante de la influencia asiria, y que la mayor parte de los pueblos tributarios se hacen independientes.

(1) Sardanápalo en asirio es Assur-iddana-palla.

(2) Eusebio, *Cronología*; Jorje Sincelo, *Cronografía*.

(3) Herodoto, *Ctésias*.